

## Testimonio

# Abrir bien los ojos

Por RAMÓN COLLADO

**L**a búsqueda de unos documentos para cerrar un trámite burocrático me condujo hacia el centro donde trabajé hace 15 años. Fue allí donde me hice adulto en mi profesión, debuté en el difícil oficio de dirigir y logré que mi apellido no fuera tan ordinario.

Ha pasado mucho tiempo desde que me fui, pero aún quedan caras que se van fundiendo en la memoria. También me encuentro con otras caras que estuvieron, se fueron y recién regresan, supongo que motivados por la añoranza a los buenos momentos pasados, con la esperanza de que puedan volver; y me quedan las caras nuevas, las que miran interrogando mi figura, ante la exclamación alegre de los amigos que, al verme, comienzan con un abrazo, un beso y un preguntar por la familia, por los amigos y por los que ya no están. Cuánta pena escondo al verlos a ellos gastados igual que el mobiliario y el viejo edificio al que el Poder Popular, desde 1986, no le da mantenimiento, a pesar de ser este lugar una de sus direcciones administrativas.

Cuando abandono el centro, mi mente me obliga a buscar con agrado aquellos buenos momentos pasados y, con esta idea, voy al encuentro de mi esposa a quien le cierro, con una frase, todos estos recuerdos: "Ese ha sido, hasta hoy, el mejor lugar donde he desempeñado mi vida laboral".

Más tarde, comienzo a reflexionar en qué se fundamenta esta afirmación; porque aquella etapa laboral no estuvo libre de angustias, malos momentos, limitaciones y carencias de recursos. Sin embargo, prevaleció en ese colectivo de trabajo un ambiente de camaradería, solidaridad y respeto mutuo que me dejó hondas huellas.

Permanecí allí durante la etapa más difícil del llamado período especial (años 1992-94). Sin embargo, nos apoyábamos para que el trabajo saliera, nos preocupábamos por la superación y por la vida personal de cada compañero;

era muy limitado el espacio para la envidia, el egoísmo, la doble moral, el chisme, las zancadillas.

Me viene ahora a la mente que, en aquel momento, me correspondió dirigir un departamento, en el cual, pese a mi inexperiencia, pude aplicar métodos participativos que permitían a cada persona intervenir y aportar. Asimismo, se respetaba el espacio creativo de cada especialista a partir de líneas de desarrollo, que eran aprobadas mediante consenso.

Los estilos de dirección jerárquicos son los que prevalecen en la mayor parte de las administraciones que conozco, donde sólo hay espacio para cumplir las órdenes del jefe.

Al respecto, deseo referirme a una Revisión de Hechos de Vida que tuvo lugar, recientemente, en mi grupo de base, y en la cual cada participante describió a su jefe como personas sumamente jerárquicas. Esto nos lleva a formularnos la convicción de que los modelos de dirección son sociales. Las jefaturas no son, muchas veces, una oportunidad de servir, sino de atesorar bienes y recursos en función personal.

Estas formas no están legitimadas; más bien, parecen estar asociadas a las características de la persona con la responsabilidad de ser jefe y es algo que también forma parte del debilitamiento, en nuestra sociedad, de valores y conceptos éticos y morales. Estas cualidades humanas no se aprenden en un curso de un mes, ni de un año; son valores que se transmiten de generación en generación con una alta responsabilidad de las estructuras del Estado.

Y es aquí donde deseo poner el acento. Algunos militantes del MTC desempeñan tareas de dirección, por lo cual su testimonio diario puede depositar el pequeño grano de mostaza; son estos espacios también donde es necesario llevar la razón del Evangelio, con el pequeño hacer, con la palabra justa, oportuna, moderada. Solo es necesario *abrir bien los ojos* para tomar conciencia de nuestros ambientes.

---